



Estés donde estés, puedes estudiar tu...

Maestría en Línea



Reseña

Reírse de uno mismo

Escuchar la lectura de una obra por su autor puede cambiar nuestra visión de la misma. Alguien atreva a afirmar que no sintió el corazón enjuto y trémulo al oír *Los amorosos* en voz de Sables.
11-Julio-08

Los muertos no van al cine, del escritor catalán Juan López-Carrillo, nos ofrece a primera vista una selección de versos con los cuales uno puede identificarse desde las primeras de cambio: un hombre cuyos anhelos y optimismo se ven siempre confrontados por una realidad de fracasos amorosos, obsesiones sin remansos, nostalgias, tristezas, y aún así, un hombre con envidiable sentido del humor. Humor: ingrediente capaz de modelar todos los sinsabores antes listados y darle al alma del autor y del lector un premio final. A medida que avanzamos en la lectura exquisita de los versos; este humor, por momentos sutil, y otras veces cáustico, va permeando los sentidos del lector. De nosotros, los pobres diablos que hacemos nuestros los versos leídos. Una vez que tenemos ese espíritu irónico irradiando en nuestras venas, el autor y el lector se vuelven conniventes para desenterrar todos los instantes sufridos, gozados e imaginados en sueños inconfesables o en rutinarios días de trabajo y ocio.

Eduardo Moga nos dice que el poema más largo de la obra "Celebración en vigilia de San Juan", es el eje del libro; el inicio: "A veces/ es necesario escribir/ un poema como éste/ para no tener que suicidarse" es una roca de contundencia. Mas estoy un tanto en desacuerdo con Moga en este punto focal de su magnífico prólogo. A mi parecer, el "eje" del libro es lo absurdamente feliz que podemos ser a pesar de todas nuestras quimeras. Y ese hilo conductor que mueve *Los muertos no van al cine* se plasma en una serie de pequeños poemas que epitoman lo que nos quiere decir López-Castillo en su cuarto poemario: "Amor letal", aparte de regalarnos el material para construir el título del libro, nos advierte la urgencia de olvidar a la persona alguna vez amada y cuya presencia, lejos de curarnos, escuece la herida de ya no ser queridos. "Doble tristeza" nos arranca más que una sonrisa en sólo tres versos y prueba no precisar de nada más. "Cinefórum" es ejemplo de agri dulce mezcla de melancolía y sexo, cuya última línea nos sacude y nos libera hacia el gozo. "Conquista" nos descubre un autor pícaro que reconoce el valor de las circunstancias sobre lo planeado; finalmente en "Culo", Juan López-Castillo pronuncia versos rebosantes de una actitud valiente y desenfadada, que alguna vez todos hemos querido proclamar a voces.

Escuchar la lectura de una obra por su autor puede cambiar nuestra visión de la misma. Alguien atreva a afirmar que no sintió el corazón enjuto y trémulo al oír *Los amorosos* en voz de Sables. Esta edición de Candaya Poesía nos ofrece la opción de renunciar por un momento a la voz interna y cómplice con la que siempre escuchamos los poemas leídos, para dejarnos al desnudo con el timbre y el ritmo prístinos del autor. En el caso de López-Castillo, esta posibilidad nos acerca al sentimiento y estado de ánimo óptimos para internarnos en su poesía, para comprender cuándo hay que retirarse con una sonrisa cínica después de



Los muertos no van al cine, Candaya Poesía 7, México, 2008, 140 pp. Incluye CD con la voz del autor.

darnos cuenta de que ya no nos necesitan, que estamos muertos, y que los muertos no van al cine.

guillermosaavedra@yahoo.com

Guillermo Saavedra

 Volver

 Arriba

 Imprime

 Envía esta nota